

" Código B "

Ayer mamá, en su visita semanal, rompió su costumbre y trajo con ella a la abuela. Recuerdo que alcé la mirada con la indiferencia falsamente cordial con la que recibo a mi progenitora en la esperanza, siempre satisfecha, de que nuestra breve entrevista sea resuelta en el intercambio banal de menudencias intrascendentes que eludan, como siempre han eludido, las razones por las que una madre y una hija han de ver reducido su contacto a una hora y media semanal bajo la vigilante mirada de un grupo de personas para las que ni nosotras ni ninguna de las otras muchas que ejecutan idéntica parodia en los pabellones privados, importamos nada. Distinguí la figura de mamá, tan conocida como siempre, la estela de su perfume floral, el mismo de mi niñez, el siseo de su vestido de seda, hoy de color granate, y, cómo no, el reposado – estoy convencida de que mamá es incapaz de la más mínima estridencia aun cuando portara un revólver y comenzase a pulverizar las paredes con su discreta y letal eficiencia – repiqueteo de sus tacones negros sobre las pulidas baldosas de la clínica. Miré a mamá y de inmediato me transmuté en la hija que ella quería encontrar y que yo quería que encontrase, la hija, enferma, sin duda, pero al mismo tiempo tan magistralmente educada en su misma capacidad de fingimiento, que será capaz de interpretar a dúo con ella el acto número infinito de esta comedia que llevamos protagonizando casi dieciséis años, en la que yo aun teniendo sólo un papel de secundaria lo ejecuto a la perfección, y cuyo título, cuál si no, es el slogan materno “Todo-va-bien-si-nos-esforzamos-en-aparentar-que-va-bien”. Nunca he cambiado realmente de papel, ni de obra, ni siquiera de antagonista, aunque el escenario haya variado indudablemente a lo largo de demasiados años de forzar una normalidad ficticia pero aun así esclavizante.

Durante los diez meses que llevo desgastando las horas y la paciencia sentada en la sala de convivencia, como tan pomposamente dan en llamar las enfermeras, o en las tertulias inacabables sobre nutrición y medicina, o en el siniestro comedor donde el aire se vuelve irrespirable apenas las internas traemos con nosotras, cual miasmas viscosas imposibles de erradicar, las incontables formas de sabotaje que hemos llegado a perfeccionar ante un acto tan aparentemente mecánico como es el de llevarse un pedazo de alimento a la boca, masticarlo, tragarlo, dejar que invada tu cuerpo y se convierta en parte de esa carne que hemos adiestrado durante demasiado tiempo en la lamentable aptitud de rechazar cualquier compañía que no sea la del vacío infinito que, en inexplicable paradoja, se ha transformado en lo único que, en realidad, nos deja por fin llenas, completas, plenas.

Pero hoy mamá ha roto su costumbre, y ante la evidencia de mi mermada capacidad para sortear cambios, siento que, por primera vez desde que la espero llegar, modosamente

" Código B "

sentada y con la sonrisa puesta, no sé qué va a pasar. Las costumbres son hábitos enraizados en el alma humana con la contundencia de lo irremediable, hasta llegar a convertirse en partes de la vida que nunca te detienes a pensar que pueden ser alteradas, sustituidas o, incluso, quién sabe, eliminadas del todo. Mamá me enseñó concienzudamente a saber qué podía esperarse de la vida en todos sus aspectos. Ella, perfecta anfitriona de sus días, y de los míos, nunca dudó que yo fuera una alumna aplicada, y, quizá si papá no nos hubiera abandonado una mañana de octubre de hace varios años, quizá realmente hubiera podido escapar de mi previsible destino, pero él se llevó su hipotética capacidad redentora y, con ella, mi último vestigio de rebelión. Vivir con mamá es fácil, satisfactorio, incluso placentero, siempre que obedezcas sus órdenes y acates sus exigencias. Te desprende de tu cerebro con tal pasmosa eficacia que, al cabo de los años, ni siquiera lo recuerdas: es posible que ni yo misma alcance a saber siquiera si alguna vez tuve un pensamiento propio, porque mamá modeló mi mente con el mismo y tenaz detenimiento que intentó modelar mi cuerpo, y en el primer caso lo logró con el porcentaje total de éxito que le es propio. Con el segundo, sin duda, debió cometer errores, pues no de otra forma estaría yo aquí, ahora, con mi sonrisa de siempre comenzando a diluirse, observando sorprendida la figura que, junto la perfecta simetría materna, desentona como si fuese de un puñado de harapos mal sostenidos bajo la pequeña cabeza blanca de la abuela Herminia.

- Hola, cielo – pronuncia mamá, con esa dosis justa y precisa de cariño postizo que, quizá, sea ya el único capaz de generar. Se inclina como siempre y siento el palpito leve de un beso a medias sobre la raíz de mi rubia melena, ésa que, en dolorosa contradicción con otras evidencias genéticas menos agradables, heredé de ella.

Mamá ni se detiene siquiera a anunciarme la inesperada visita de la abuela, que, intuyo, es uno de esos imponderables que rechaza de forma sistemática pero a la vez acepta, como la mujer razonable que siempre ha creído ser, ya que, aun cuando se haya dejado la vida en ello, no puede controlar todo lo que la rodea. La abuela Herminia, que desde siempre ha dedicado a mi madre una suerte de desinterés apenas fingido, me abraza, me da dos sonoros besos y de inmediato, arrastra una silla frente a mí y aferra mis manos, llevándolas a su pequeño y cálido regazo de matrona consumida. Sonrío, casi sin pensar. La abuela Herminia, mi única abuela, una presencia siempre menuda y bulliciosa, afanada en la cocina, dueña y señora de aquel reino privado donde brotaban de sus manos los más suculentos manjares que, atrofiada mi capacidad de apreciar siquiera si existe eso que llaman paladar, ya no sé si sería capaz de mordisquear apenas.

" Código B "

La abuela Herminia.

Cuando papá nos abandonó, yo tenía casi doce años, y aun cuando mamá puso todo su esfuerzo en que la ausencia de aquel infame marido llevase aparejada, cual insospechada compensación a cambio de la deslealtad, la de su molesta madre, pronto descubrió que la abuela Herminia, una mujer de pequeñas proporciones pero colosal tenacidad, nunca se había llamado a engaño con ninguno de nosotros, los tres únicos seres a los que podía llamar familia. Desde siempre, la abuela había sido persona de contadas pero inamovibles certezas: su hijo era un vándalo seductor pero de incuestionables tendencias nómadas que cualquier día, más cerca que lejos, tomaría sin mirar atrás la puerta que efectivamente tomó, mi madre no tenía más atributo que su extraordinaria belleza y porte de maniquí y yo era la única hija de una unión equivocada y, desde que nació, su también única preocupación y el objetivo al que consagró una lucha contra la no menos terca determinación de mamá, una lucha que llevaba durando ya casi cuatro años y que, desde hacía diez meses, empezaba a dar claras muestras de estarla perdiendo precisamente ella: la de que mi madre no lograra convertirme en el espectro moribundo que acabé casi siendo en su afán de hacer de mí su digna heredera en belleza, porte... y delgadez.

Mientras papá estuvo con nosotras, los domingos en casa de la abuela Herminia eran un doloroso trance para mamá, un ejercicio de nostalgia para papá, que pasaba casi todo el día deambulando con sus amigotes de juventud, y un soplo de aire fresco para mí, que al fin podía ser una niña normal y corriente, una niña regordeta pero feliz, a la que permitían correr, gritar, despeinarse y, sobre todo, comer, un acción en apariencia banal pero que en casa se convertía cada día en tres oportunidades de atezar lo que yo consideraba un acto natural, una necesidad primaria, como nos enseñaban en el cole, pero que para mamá no era más que una autoindulgencia absurda en la que, como en todo, yo debía ser capaz de aplicar la disciplina y la rigidez, máxime cuando la naturaleza, ("qué cruel ha sido contigo, cielo"), me había hecho nacer con unas redondeces que a mamá jamás se le pasó por la cabeza que pudieran ser tan parte de mí misma como el resto de mi anatomía.

La abuela Herminia no se achicaba ante nadie, y mucho menos ante la solemne y estudiada pose de esfinge de mamá, que ninguno de esos domingos condescendió apenas a mordisquear con manifiesta repugnancia la escasa verdura que era capaz de liberar de todo tipo de aditamento. La anciana la ignoraba hasta el punto de que incluso yo misma creía no verla, enfocados mis ojos en la presencia de la abuela, quien, con deliberada lentitud, colocaba sobre la mesa una abundante y variada muestra de su destreza culinaria, y donde

" Código B "

el plato principal, la estrella del menú por evidentes y obvios méritos propios, era indefectiblemente el botillo, un prodigio cárnico que parecía deleitarse, él mismo, en prodigar su exquisito aroma y su sublime sabor sobre nuestras gargantas, deslizándose con su rotunda solidez aromatizada por los condimentos sabiamente administrados por la abuela, hacia el interior de nuestros cuerpos, hasta que yo al menos llegaba a pensar que daban igual las incontables horas de suplicio consumidas en la mesa metálica de nuestra funcional cocina de la ciudad, donde mamá, perseverante, inflexible y dura como el pedernal, se empeñaba en que mis menús, científicamente estudiados, no sobrepasaran ni en gramos, ni en grasa, ni en sabor, la cantidad exacta de calorías que ella consideraba que era más que suficiente para mantenerme en pie y, a ser posible, fuera también reduciendo poco a poco mi desorbitado perímetro. Yo lloraba, movía el tenedor sobre las verduras crudas, tragaba con lentitud el minúsculo pedazo de pescado hervido que ella consentía porque las proteínas eran necesarias, y trataba de alargar en lo posible la duración del yogur natural desnatado ("la fruta tiene muchos azúcares, cielo") que concluía indefectiblemente el desastre de las tres comidas diarias. Yo jamás conocí, de la mano de mamá al menos, una merienda, y mucho menos de éstas de churros con chocolate, o la textura crujiente de un bocadillo de chorizo con el que acallar el rugido perenne de mi estómago privado desde siempre de lo que otros niños devoraban sin casi reparar en ello. Durante un tiempo inconcreto, en aquellas ocasiones en que papá se decidía a ejercer de supuesto responsable de mi crianza y desafiaba a mi madre, *a veces* conseguía que mi plato, aparte de los consabidos e insípidos alimentos ("nutrientes" como los llamaba, con acento acerado, mi madre, reacia a otorgarles la más básica importancia), ostentara privilegios apenas soñados: una porción de pizza, pescado rebozado, pasta sumergida en sabrosa salsa de tomate con carne picada o incluso el amenazante y aceitoso rastro de un puñado de patatas fritas. Pero aun llegando tan de tarde en tarde a saborear aquellos esporádicos placeres, mamá consiguió, como quizá nunca tuvo en duda, su objetivo: atenazada por la mirada de sus ojos fijos y despreciativos sobre mi débil boca que se abría, ávida y ansiosa ante aquellos espantosos enemigos de la silueta, poco a poco empecé a desarrollar la creencia propia de las cincuenta y cinco internas que en esta clínica combatimos el nunca descifrado misterio de si hemos tentado demasiado la ley de la física o la más estricta noción de biología y no, no podremos sobrevivir con la parca cifra de masa que ofrecemos al mundo: comer era malo, era peligroso, era de débiles y era... innecesario.

" Código B "

Yo, a punto de alcanzar los doce años, era en muchos aspectos, a despecho de mi supuesta preadolescencia, una niña pequeña, y como tal, ignorante, moldeable, un libro en blanco en el que mi madre estaba decidida a trazar hasta la última línea. Ella era la adulta y, cuando papá se marchó para no volver, la única adulta que me quedó. Dentro de mí, que comenzaba a albergar ya los primeros signos de distorsión de la realidad que anuncian esta terrorífica enfermedad, me aferré a ella porque, sin papá, me pareció que era mejor asirme a aquella silueta armoniosa que al vacío de un hombre que no supo enfrentarla siquiera para protegerme de ella. Durante varios domingos, mamá hilvanó todo tipo de excusas para eludir nuestra visita al pueblo, sabedora de que la abuela era incapaz de venir por sus propios medios, y yo dejé de tener el recordatorio de aquel plato delicioso sobre la vajilla de loza de la abuela, dejé de aguardar que el sabor inigualable del botillo, el pan empapado en aquel rojo néctar, las deliciosas patatas que sin medida la abuela volcaba “para acompañar”, compensara el vacío de una lucha ingrata, de un malestar supuestamente provocado por mi *adicción a la comida*, como la definía mamá con sumo desdén; la sensación de estar combatiendo por una causa perdida, la de ceder ante un capricho, una debilidad y no, como yo justamente la había considerado, una necesidad, empezaba a cobrar fuerza en mi organismo. La abuela gastó semanas enteras llamando a diario a nuestra casa, y mamá gastó las mismas semanas en no descolgar jamás el teléfono. Cuando sus dotes de perseverancia indagadora le hicieron comprender que, tarde o temprano, la abuela Herminia hallaría la forma de venir a verme, acometió con su eficiencia de siempre el siguiente paso que habría de evitar que durante tres largos años, más casi el que llevo aquí encerrada, no sólo dejara de ver a mi abuela, de aguardar con impaciencia el plato estrella que la abuela cocinaba con su maestría inigualable, sino que además sufriera la irreparable pérdida de notar, un día a la semana, sobre mi rubia melena, el cálido peso de su cuerpo, abrazándome y repitiéndome, inasequible al desaliento, y, ahora lo sé, plenamente consciente de que nadie me lo había transmitido excepto ella, “lo bonita, lo hermosa, lo perfecta que yo era, *tal y como era*”. Recuerdo, ahora que su presencia me traslada a aquel pasado donde yo era aún una promesa, en lugar de una certeza de fracaso de apenas cuarenta kilos, el aroma grato y con reminiscencias comestibles que emanaba del cuerpo de mi abuela, apoyado sobre el mío. Me decía aquellas hermosas palabras, me llenaba en un segundo la vacía dignidad de mi infancia y, conspiradora, me susurraba al oído que la semana siguiente, sin falta, el botillo presidiría su mesa... variaba la presentación constantemente, pero jamás al protagonista de nuestros mutuos ensueños culinarios, a mí

" Código B "

nada me gustaba más en el mundo que aquel plato típico que aun así siempre sabía gloriosamente nuevo cada domingo, y la abuela, entusiasta devota del emblema gastronómico de su tierra, se confabulaba conmigo sin fisuras: ambas sabíamos que el botillo era, en nuestros corazones, mucho más que un plato sabroso, era nuestro vínculo, nuestro secreto, nuestra conexión semanal, el símbolo aparentemente irrelevante de que ella siempre estaría allí, al otro lado de la mesa, guiándome y protegiéndome de aquellos dos perturbados de los que ninguna podíamos prescindir a la ligera. Un día, apenas unas semanas antes de que se consumara el peligro que quizá nunca supimos intuir tan cercano, confesé a la abuela, inclinada sobre ella en el floreado sofá del salón, que había comido más botillo del que casi podía tragar, para fastidiar a mamá. Ella rió, complacida, me dijo que a veces había que parar los pies a cualquiera, incluso a quien por ser quién era debíamos obedecer, pero que aquello era nuestro secreto, nuestra broma privada. Le daríamos un nombre, incluso, lo convertiríamos en la contraseña que daría realce a nuestra complicidad.

- ¿El código B, abuela? – propuse, alborozada. – Ya sabes, B de Botillo... mamá lo odia más que a nada en el mundo, porque me gusta mucho, porque aquí como lo que quiero y no puedo prohibírmelo, porque lo cocinas tú y ella... - callé intimidada, convencida, ya que era francamente cierto, de haber dicho demasiado. La abuela, sin embargo, no pareció prestar la menor atención a mis palabras, a las últimas cuanto menos, y sonrió ampliamente.

- Gran idea, bonita. El código B. Siempre que te lo diga, siempre que te lo oiga decir, sabrás que estoy aquí, para prepararte el botillo, para darte un beso, para escucharte, para lo que quieras. Es nuestro secreto, de las dos. ¿De acuerdo, bonita?

Apenas dos meses después, papá se marchó y mis posibilidades de poder pronunciar aquellas palabras, o de que la abuela pudiera oírlas, quedaron aparentemente disueltas en la nada. Al principio, mediante la burda maniobra de no atender el teléfono, después...

Mamá y yo nos trasladamos a la otra punta de la ciudad, y ella realizó los trámites precisos para ocultar su nombre del listín telefónico. Sabía que la abuela era una mujer de recursos, pero no ignoraba que al mismo tiempo era una campesina casi analfabeta que apenas había pisado la ciudad en toda su existencia y que carecía de los medios, la formación y el asesoramiento necesario para dar con nosotras. Al menos en el tiempo que ella consideraba necesario para que, finalmente, lograra hacer de mí lo que quiera que fue el ensueño en que se sumió el día que llegué al mundo.

Una hija a la que no le bastaba con ser rubia, guapa, inteligente.

Además, habría de ser, y sin duda llegué a serlo, delgada.

" Código B "

Tres años y diez meses son 196 semanas, 1.372 días, 32.928 horas. Demasiado tiempo como para que una niña que nunca fue demasiado atrevida lograra siquiera empezar a urdir una resistencia que, en cualquier caso, no llegué a poner en práctica. La ausencia de la abuela y el recuerdo de su misma existencia, de aquellas palabras que nos conectaban y nunca más fui capaz de pronunciar, se maceraron en el olvido, a medida que la adolescencia me fue convirtiendo, temporalmente al menos, en una jovencita alta y proporcionada, de la que hasta mamá podía sentirse orgullosa. Con el tiempo, yo misma desarrollé una suerte de postiza superioridad. Las chicas envidiaban mi figura, los chicos me lanzaban sonrisas y guiños, yo era al fin una presencia real y atractiva en un mundo donde nunca nadie me había dedicado la menor atención, de lunes a sábado, salvo para convertirme en alguien que no era. Heredera de la recia disciplina materna, me decidí a sumergir en el más polvoriento rincón de mi cabeza la memoria de otros años, otros tiempos, otros domingos, otras formas de deleitar mi estómago y unas palabras que a despecho de mi autocontrol aún lograban perturbar mis ojos secos. Yo ya no disfrutaba comiendo, y, andando el tiempo, consumada experta, ni siquiera llegué a necesitar comer. Mamá, al fin alcanzado su triunfo, descuidó su vigilancia y ni siquiera reparaba en si yo comía lo adecuado, hasta el punto de que ella, la tenaz detective y defensora de las más rígidas normas de nutrición al uso, dejó de ver que yo no comía, ni lo adecuado ni lo inadecuado ni nada que pudiera encuadrarse en ninguna otra definición. Mi cuerpo pasó de ser proporcionado, a ser delgado, de delgado pasó a ser demasiado escaso, y de escaso pasó a ser un mero envoltorio de una estructura ósea que yo comenzaba a ocultar con la misma destreza que, antes, me había dedicado a mostrarlo. Ni siquiera pasó por mi cabeza que, literalmente, no podría seguir viva sin alimentarme, y supongo que rechacé la idea porque llevaba aparejada otra de trascendencia insostenible: a mí ya no me importaba ser delgada, ser gorda o, simplemente, no ser.

Y si hace diez meses no me hubiera desmayado en un centro comercial, confabulada la indiferencia de mi madre y mi propia pasividad ante lo que sólo puede ser llamado un suicidio lento pero seguro, hoy no sabría que quizá sí debí mantener la esperanza, porque la abuela empleó 196 semanas, 1.372 días y 32.928 horas en encontrarme, pero hoy, al inclinarse sobre mí, ignorando, y yo con ella, la presencia de esta otra mujer enferma aunque su dolencia sea de una naturaleza menos letal que la mía, ha pronunciado unas cuantas palabras, pero las únicas que, al fin, me hacen saber que sí, sobreviviré, saldré adelante, seré, como ella siempre me afirmó: “perfecta tal y como soy”.

- He venido para decirte sólo una cosa, bonita – ha dicho la abuela – “Código B”.